

(diciembre 2004). *Dossier : Investigación científica en la UBA : Materia prima para el desarrollo del país.* En: Encrucijadas, no. 29. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

Dossier

Investigación científica en la UBA

Materia prima para el desarrollo del país

Cuenta la historia que alguna vez un periodista le preguntó a un brillante científico argentino si un país con tanta pobreza como el nuestro podía darse el lujo de destinar fondos a la investigación científica. La respuesta fue contundente: un país tan pobre como Argentina no puede darse el lujo de no invertir en ciencia y tecnología.

En la actualidad, nadie pone en duda que la producción de conocimientos constituye una herramienta fundamental para que una nación recorra su camino hacia el desarrollo. Sin embargo, en nuestro país ese reconocimiento intelectual no se traduce en los únicos términos a través de los cuales una sociedad capitalista diferencia lo que es importante de aquello que no lo es: la asignación de recursos. Así, en los últimos años el Estado nacional invierte en ciencia y tecnología una cifra que apenas roza el 0,5% del PBI, cifra muy baja no sólo si se la compara con el 3% que destinan la mayor parte de los países industrializados, sino que también es inferior a la media de América Latina, que es de 0,62%, y a la inversión de Brasil, que ronda el 1%.

A pesar de este panorama sombrío, Argentina posee 1,67 investigadores por cada mil integrantes de la población económicamente activa, superando con este promedio a Brasil y Chile. Además, si bien los fondos destinados para el área en relación con el número de investigadores alcanzan apenas la mitad que en México, la productividad medida en la cantidad de artículos publicados en revistas con referato es equivalente a la mexicana. Estos indicadores nos hablan de la preparación y la vitalidad que el factor humano, a pesar de todos los obstáculos, aún conserva en la ciencia nacional.

En este marco, queremos destacar que la UBA aporta actualmente un 28% de la producción científica nacional y el 47% de la contribución que hace el conjunto de las universidades nacionales a la ciencia argentina.

En este dossier queremos presentarles una pequeñísima muestra del enorme caudal de trabajo con el cual los numerosos grupos de investigación de la UBA, representantes de las más diversas áreas, contribuyen a la producción de un conocimiento indispensable para lograr el desarrollo económico y el cambio social.

En el primero de los artículos, Daniel Salamone nos explica de qué se trata la clonación para posteriormente puntualizar los principales logros alcanzados en nuestro país (de los cuales él fue partícipe). Finalmente nos detalla los principales problemas que enfrenta hoy esta tecnología y las fantásticas perspectivas que posee tanto en el ámbito de la producción agropecuaria como en la medicina y la farmacología. Luego, José Mordoh nos relata de qué manera el equipo de investigadores que él encabeza logró desarrollar

exitosamente en ratones una vacuna terapéutica contra el melanoma, un cáncer de piel altamente agresivo. Una vez aplicada la vacuna, el sistema inmune comienza a reconocer y atacar las células tumorales que antes no podía identificar como enemigas del organismo. Por su parte, Gabriel Rabinovich nos describe las sucesivas instancias que le permitieron descubrir el papel clave que juega una proteína llamada Galectina-1 para impedir que las defensas de nuestro organismo puedan detener el avance de un cáncer. La Galectina-1 provoca la muerte de los linfocitos T activados, que son los principales soldados de nuestro sistema inmune. A su vez, José Serra, integrante de un equipo interdisciplinario de investigación, hace referencia a un notable hallazgo a través del cual algunas enfermedades neurológicas como el Mal de Alzheimer, la demencia vascular o el Mal de Parkinson podrían ser detectadas y diferenciadas entre sí a partir de un análisis de sangre que mediría el estrés oxidativo de los posibles afectados.

Por su parte, Claudia Natenzon nos introduce en la “teoría social del riesgo”, una herramienta que nos permite visualizar la dimensión de la responsabilidad humana cada vez que se produce una catástrofe “natural”. La utilización de esta teoría resulta útil para analizar qué tipo de comportamientos humanos pueden aumentar y cuáles evitar o disminuir las consecuencias negativas que provocan ciertos fenómenos extremos, como huracanes, inundaciones o sequías, entre otros.

Alcira Daroqui nos alerta acerca de las graves dificultades que deben enfrentar los científicos sociales que quieren investigar el accionar de las agencias estatales encargadas de prevenir y reprimir los delitos. Una pregunta queda flotando en el aire: ¿Se puede mejorar el problema de la seguridad si se carece de información confiable acerca de la realidad que queremos modificar? Finalmente, Javier Lindenboim encara el problema estructural del desempleo en la Argentina para señalar que tal como lo demuestra la experiencia histórica, el crecimiento económico es una condición necesaria pero no suficiente para aumentar el empleo. Por eso sostiene la necesidad impostergable de impulsar una potente redistribución del ingreso como un elemento clave para sostener el crecimiento económico.

Por último queríamos informarles que “UBA: Encrucijadas” ya se encuentra trabajando para ofrecerles en un próximo número una segunda parte de este dossier, brindándole más espacio a la producción de conocimientos fruto del trabajo de los numerosos equipos de investigación de esta Universidad.